

parte de sus individuos eran hombres que mostraban mucha indulgencia con los excesos de los Jacobinos, fué objeto en ella de antipatía general; como que al pedir por primera vez la palabra, se levantó un murmullo de indignacion que hubiera sido eficaz á sellar otros labios que no los suyos. Despues de la batalla de Waterloo, propuso Barère que la Cámara salvase á la Francia del enemigo victorioso, publicando una proclama en la cual se hablara del paso de las Termópilas y de la costumbre lacedemonia de adornarse de flores los dias de peligro extremo, cual si pudiera contenerse la marcha del invasor con reminiscencias helénicas. Los diputados tuvieron el buen acuerdo de no adoptar la última *carrañola* del tribuno de la Convencion.

Abdicó el Emperador, volvieron los Borbones, y la Cámara de los Cien Dias se retiró, despues de parodiar durante algunas semanas á los convencionales, mereciendo fama de haber sido la más inepta de las asambleas políticas que se haya reunido en Francia. Porque, en efecto, los charlatanes y soñadores que la formaban no comprendieron un sólo momento la situacion: que se hacia necesario vencer á la Europa ó conciliársela; que no era posible conciliársela sino llamando á Luis XVIII, y que no

sus arengas y sus discusiones parlamentarias; y mientras hasta la existencia nacional dependia de la voluntad del vencedor, se ocupaban en discurrir constituciones para él, dando lugar á que pusieran término á su charla incesante sobre los derechos del hombre y la soberanía nacional los soldados de Wellington y de Blücher.

Eligióse nueva Cámara entónces, y fué tan hostil á la Revolucion, que hubo momentos en los cuales hizo temer la vuelta del Terror; pudiendo decirse que la influencia del Monarca, de sus amigos y ministros logró reprimir, no sin gran esfuerzo, la impetuosidad de los realistas fanáticos, y que las penas impuestas, aún cuando no se justifiquen á los ojos de la historia, fueron pocas en número y suaves comparadas con los castigos que reclamaban M. de Labourdonnaye y M. Hyde de Neuville. Hemos oido decir siempre á este propósito, y lo creemos, que se hallaba dispuesto el Gobierno á ejercer poca severidad con los mismos regicidas, pero que como la Cámara de Diputados estaba tan sobrecitada contra ellos, hubo que hacerle algunas concesiones en particular, acordándose por tanto que aquellos que votaron la muerte de Luis XVI en 1793, y se adhirieron despues al gobierno de Napoleon durante los Cien Dias, fueran condenados á perpétuo des-

y un hermano ingrato.» Pero ni los años ni los contratiempos fueron eficaces en él á modificar su carácter; porque despues de su destierro se tornó Jacobino, y al regresar á Francia se asoció á los enemigos de Luis Felipe y de sus ministros, afiliándose á la extrema izquierda. M. Casimiro Perier, M. de Broglie, M. Guizot y M. Thiers merecieron la honra de ser insultados por él, y el Rey la no ménos envidiable de ser calificado de tirano, hipócrita y perverso; lo cual no le impidió aceptar la limosna de mil francos anuales que le asignó el soberano de su bolsillo particular. Gracias á esto y á ciertas cantidades que recibia de tiempo en tiempo del ministerio de lo Interior á pretexto de ser literato desvalido, y del de la Justicia á pretexto de que habia desempeñado importantes cargos judiciales, pudo librarse de mendigar el pan de cada dia, falleciendo el mes de Enero de 1841, á los ochenta y seis años de su edad. Barère sobrevivió á todos sus colegas del célebre Comité de Salud pública y á casi todos los de la Convencion.

XLV.

Hemos trazado breve y compendiosamente á nuestros lectores la vida de Barère, y al llegar á este punto nos parece innecesario añadir la menor cosa que sea parte á ilustrarlos en orden á su carácter. Porque si en vez de tratar de él lo hubiéramos hecho de alguno de sus colegas de la Junta de Salud pública: de Carnot, de Robespierre ó de Saint-Just, ó siquiera de Couthon, de Collot ó de Billaud, acaso creyéramos conveniente detenernos á examinar á fondo los argumentos expuestos en justificacion ó

excusa del sistema terrorista; siendo fácil demostrar en ese caso que no se libertó la Francia de sus enemigos exteriores por el Terror, sino á pesar de él, y que la política violenta de la Montaña produjo en mucha parte los peligros que invocó luégo como pretexto de sus excesos y desórdenes. Tambien podríamos demostrar sin gran esfuerzo que los males y daños producidos por la política jacobina no acabaron con ella, sino que legó á la Francia y la Europa considerable séquito de calamidades, ejerciendo tan perniciosa influencia en la opinion pública, predisuelta favorablemente á la libertad civil y religiosa las dos pasadas generaciones, que la obligó á retrogradar con los excesos y horrores de su reinado de una manera tan sensible que aún se advierten las señales del cambio; cambio natural por lo demás, pues los que se apellidaban campeones del derecho popular acumularon en el corto espacio de doce meses más crímenes que cometieron en el trascurso de doce siglos los reyes de Francia merovingios, carlovingios y capetos, y á virtud del cual se hizo tan temible la libertad, que las gentes preferian someterse al Gobierno de los príncipes hereditarios, de los caudillos militares, de los nobles, del clero, de cuanto sea imaginable, al de los filósofos y filántropos. Esa fué la única y verdadera causa, el origen cierto y positivo del despotismo imperial, con su prensa esclava y su tribuna silenciosa, y sus prisiones más terribles que nunca lo fué la Bastilla, y sus tribunales obsequiosos, humildes y serviles; esa fué la causa de la restauracion de los Borbones y de los Jesuitas, de la Cámara de 1815 con sus listas de proscritos, del renacimiento del nuevo feudalismo, de las invasiones del clero, de la persecucion de los protestantes, y de la venida de

nuevos Montfortes y Dominicos en pleno siglo XIX; esa fué la causa de la Santa Alianza y de la guerra emprendida por los veteranos de la bandera tricolor á las libertades del pueblo español, y esa es también la del invencible temor que sienten, aún en nuestros días, cuando se trata de ensanchar la base de la Representación nacional, los más principalmente interesados en la defensa de la propiedad y del orden público: que los lustros trascurridos desde entonces no han logrado borrar la mancha infamante arrojada sobre la causa más noble y generosa por un año de barbarie y de licencia democrática.

Nada es más ridículo por esta causa que la manera empleada por M. H. Carnot y otros escritores de justificar ó excusar al ménos la conducta de los Jacobinos, al propio tiempo que declaman contra la reaccion que siguió inmediatamente á la época de su mando. Porque si bien es cierto que la reaccion producida entonces causó grandes males y perturbaciones, cuyos efectos se perciben todavía, ¿cuál fué su origen? Cuando forzamos un muelle, vemos que al soltarlo se desarrolla con violencia proporcionada á la que lo comprimíó, y que al impulsar la péndola en una dirección, retrogada en la apuesta igual distancia. Lo propio acontece en la política, siendo positivo que los excesos engendran excesos en contrario sentido, y que no merece ciertamente nombre de estadista quien imprime un movimiento sin prever los efectos del rechazo. Pero estos cálculos no eran comprensibles de los terroristas, los cuales no alcanzaban ni tenían otro sistema ni programa que la destruccion y el asesinato, logrando por tanto producir en pocos meses de mando una reaccion terrible, cuyo término acaso no veamos nosotros tampoco; y cuando tocaron sus efectos

quedaron suspensos y estupefactos, y poblaron el aire de sus lamentaciones y de sus gemidos, y achacaron el estrago á todo menos á su causa verdadera, es decir, á su propia inmoralidad y á su profunda y grosera ignorancia de los negocios públicos.

Consideraciones son estas, sin embargo, de que no hemos menester en el caso presente, pues sean cuales fueren las excusas que los amigos de los terroristas empleen para sincerar su política, es lo cierto que huelgan tratándose de Bareré; que hartos se demuestra en su propia vida y en sus propios escritos y palabras cómo se asoció á la obra funesta y sanguinaria de la Junta de Salud pública por miserable cobardía y amor al mal, no por sincero fanatismo, ni por patriotismo desacordado. ¿Acaso podrá decirse que asesinó los Girondinos movido de celo por la cosa pública, cuando él mismo consigna en sus *Memorias* que siempre consideró aquel suceso como la mayor calamidad de cuantas abrumaran á la Francia? ¿Acaso podrá decirse que movido de celo por la cosa pública pidió con grandes voces la cabeza de María Antonieta, cuando él mismo declaró en sus *Memorias* que mejor habria sido emplear el tiempo perdido en acusarla y procesarla en ocurrir á la defensa del país? ¿Acaso podrá decirse que asesinó á los vivos y ultrajó á los muertos porque aborreciera sinceramente la monarquía, cuando se arrastró á las plantas del emperador Napoleon, y pareciéndole poco sus dictados, le adjudicó el de rey de los reyes, y luégo, al advenimiento de la restauracion rindió pleito-homenaje á los Borbones, añadiendo que siempre fué monárquico y fidelísimo á la familia? Si hubiera sido ménos infame, tal vez fuera posible atenuar en algun modo su

crueldad; y si ménos cruel, tal vez fuera posible atenuar en algun modo su bajeza y villanía; pero ¿qué podrá decir la misma caridad en favor de un regicida, espía de sus antiguos compañeros, de un malvado que despues de haber defendido á Lebon, delató á Demerville, y que alternativamente tuvo en los labios siempre las gasconadas más soeces del jacobinismo y las más rastreras del servilismo cesarista?

XLVI.

Vamos á concluir; mas no lo haremos sin decir ántes algunas palabras en órden á dos circunstancias del carácter de Barère, que suspenden el ánimo de su biógrafo y le parecen dignas de las mayores alabanzas. M. H. Carnot concede que fué su héroe un tanto mudable de condicion; pero que en cambio siempre perseveró en el odio á la Inglaterra y en el amor al Cristianismo. Habiendo sido así, no vacilamos en afirmar que la Inglaterra le debe más gratitud que no el Cristianismo. Y como sería posible que al hacernos cargo de sus invectivas contra el pueblo inglés nuestro juicio adoleciera de cierta parcialidad, nos limitaremos á decir que la parte de sus escritos que más nos place y nos deleita es esta precisamente. ¿Ni qué podia tampoco hacer en honra de Inglaterra sino odiarla con toda su alma? ¿Ni qué cosa más lisonjera para el amor propio nacional inglés que la mala voluntad de un renegado, traidor, esclavo, cobarde, falso, embustero, calumniador, asesino, periodista vendido, espía y polizone como Barère? Pero acaso no hemos logrado expresar bien nuestro pensamiento, porque así los

ultrajes como las alabanzas de Barère, ni ensalzan ni merman la honra, y sólo merecen el desprecio.

No diremos lo propio respecto del celo fervoroso y constante de Barère por la religion cristiana, porque, como estamos convencidos de que cuanto la es perjudicial produce males innumerables, nos halagaba la esperanza de que fuese ateo. Pero afirma M. Carnot que ni siquiera hubo en él vacilaciones, y que permaneció fiel á la fe de sus padres durante la Revolucion, dejando várias obras teológicas manuscritas, entre otras un libro piadoso titulado: *Del cristianismo y su influencia*, y unas meditaciones sobre los salmos; trabajos todos que habrán sido ciertamente de mucho consuelo y edificacion para la Iglesia.....

Con este detalle se completa el personaje. Porque si la falsedad, la deshonra, la injusticia, la iniquidad, la impureza, la infamia, la degradacion y el cinismo; si cuanto se halla corrompido del vicio; si cuanto es malo y perverso necesariamente coexistia en el corazon abyecto y miserable de Barère, para que tan asqueroso conjunto fuera dechado perfecto de abominaciones y resaltara más, faltábale una cosa esencialísima, y es la barnizada de misticismo que le da M. Carnot. Y dicho esto, nada más deberíamos añadir en contrario, para no despojar la leyenda del flamante atleta cristiano SAN BELTRAN DE LAS CARMAÑOLAS del seráfico perfume y piadosa poesía que ha difundido en ella su comentador; mas es fuerza no callar, siquiera sea para que nuestra obra no acabe con palabras de ironía, diciendo que siempre habíamos apartado con horror la vista de la imágen de Barère, cuya historia no hubiéramos escrito nunca por no manchar el papel trazando su nombre; pero que al proponerse M. Carnot canóni-

zarlo y trasformar en reliquias venerables us despojos, nos ha puesto en el caso de volver por los fueros de la justicia y la verdad, asentando los restos pestilentes del malvado en la picota, muy en alto, para que todos lo vean, y muy sujeto, para que ninguno lo desate y lo descienda del único pedestal digno de su infamia.

FIN.



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

ÍNDICE.

FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

	Págs.
PRÓLOGO.....	vii
Lord Chatham.—1708-1778	1
Mirabehau.....	193
William Pitt.—1759-1806.....	233
Beltran Barère.....	325

ERRATAS MÁS NOTABLES.

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	DEBE DECIR.
42	10	1575	1755
176	34	CON	FOR